

PRESENTACIÓN DEL LIBRO DE VÍCTOR FERRO POMÀ *EL DRET PÚBLIC CATALÀ. LES INSTITUCIONS A CATALUNYA FINS AL DECRET DE NOVA PLANTA*¹

Agradezco al presidente del Institut d'Estudis Catalans, Joandomènec Ros, al presidente de la Societat Catalana d'Estudis Jurídics, Josep Cruanyes, al profesor Josep Serrano i Daura, a la profesora Rosa María Muncunill Giralt, viuda de Víctor Ferro, que me hayan ofrecido la palabra para recordar a mi más querido y añorado compañero de trabajo, amigo y maestro en más de una disciplina, Víctor Ferro.

Valoro especialmente, a pesar de la responsabilidad que supone para mí esta intervención, que me hayan invitado a hacerla porque pone de manifiesto la voluntad de destacar, no el resultado obtenido, ya destacado en otras ocasiones, sino ese esfuerzo enorme que supuso para Víctor Ferro elaborar esta obra. Y el significado que esa obra y no otra cualquiera tenía para la existencia de Víctor. Los organizadores han querido mostrar no la obra, sino la persona que ha quedado indeleble en ella y en la memoria de todos los que tuvimos el privilegio y la suerte de haberlo conocido.

Aportaré mis recuerdos de los años que trabajé con Víctor en la Organización de las Naciones Unidas (ONU), en Viena, y luego en Ginebra, cuando él iba allí como *freelance*.

Más que para presentar el libro de Víctor, me han invitado a recordar a Víctor cuando escribía el libro. La escritura misma de este libro esconde un tesoro aún más rico —si cabe— que el que muestran sus páginas. No se trata solo de lo que en ellas se dice, sino de lo que significaba en la vida de Víctor ocuparse de ese tema y no de otro. Como si persona y obra se fundieran finalmente y con esta presentación pudiéramos sentir intensamente la presencia de su ausencia, sin duda se intenta, intentamos todos los reunidos aquí, colmar el vacío que como persona Víctor nos ha dejado, e intentamos colmarlo encontrándolo a él en su obra, la que nos ha legado. Porque en todas las grandes obras la persona del autor termina por fundirse con la obra, y sigue presente a través de esta. Por ello, dirigimos ahora la mirada a ese tiempo de creación en el que la persona estuvo al servicio de la obra.

1. Acto celebrado en la sede del IEC el 24 de febrero de 2016. Se presenta la segunda edición de este libro, de la cual se ha hecho cargo la Societat Catalana d'Estudis Jurídics (2015).

EL EXILIADO, EL EXPATRIADO

Víctor llega al Uruguay en 1941, después de un breve período en el Paraguay.

Víctor vivió sus años de Montevideo como un exiliado. Y fueron muchos, desde sus primeros años hasta los treinta y uno. Una parte importante de su vida: su infancia, su adolescencia, su juventud. Toda su formación escolar y universitaria la hizo en Montevideo. A pesar de ello, nunca aceptó a esa ciudad como la suya. ¿Fueron sus padres, que se habían trasladado, quienes le transmitieron esa memoria nostálgica de un paraíso perdido?

En realidad, vivió toda su vida como exiliado de Barcelona. Y a su vida siempre le faltaría algo, nos decía, mientras no pudiese vivir allí, es decir, aquí.

En una entrevista Víctor dijo que, como trabajaba y vivía lejos de Barcelona, de Catalunya, no era, según ciertas definiciones, catalán; era un inmigrante. Que cuando pudiese trasladarse a vivir aquí se convertiría en catalán.

Cuando regresa a este país desconocido pero amado, sufre una decepción. Tiene treinta y un años. Observa los estragos que ha causado la dictadura. Y quiere hacer algo por repararlos. Colabora en la elaboración de una enciclopedia, pero no era este un trabajo que le permitiera vivir como él quería, que lo satisficiera. Tras unos pocos años, gana el concurso de traductores de las Naciones Unidas y se traslada como funcionario permanente a Nueva York. Barcelona, su paraíso añorado, de momento lo rechaza.

EL TRADUCTOR

No es sorprendente que ganase ese concurso. Víctor era un traductor nato, ya que desde que tuvo uso de razón era bilingüe: su lengua materna era el catalán, y la lengua de sus estudios, incluidos los universitarios, dado que se doctoró en Derecho y Ciencias Sociales en la Universidad de Montevideo, era el castellano. Pero también dominó desde temprana edad el francés como lengua de estudio, dado que cursó la enseñanza secundaria en el Liceo Francés de la capital uruguaya.

Para darles una idea de ese aspecto de la vida de Víctor, de ese Víctor funcionario internacional, traductor y luego revisor, me permitiré unas palabras sobre esta profesión en el sistema de las Naciones Unidas. A pesar de que él la viviese como una forma de ganarse el sustento, nada más, fue una profesión que ejerció gran parte de su vida: como funcionario permanente, dieciséis años (dos en Nueva York y catorce en Viena); y como *freelance*, desde 1990 hasta aproximadamente un año antes de morir. Y la ejerció excepcionalmente bien: fue un traductor extra-

ordinario, y es recordado como uno de los mejores traductores y revisores juristas que han tenido las Naciones Unidas. Mucho dice esto de la extraordinaria capacidad intelectual de Víctor.

Sin duda facilitaba su adaptación a este trabajo el hecho de que el ambiente de la traducción en las Naciones Unidas era un ambiente bastante familiar para él. Allí todos éramos en cierto modo exiliados de nuestros respectivos países; algunos lo éramos realmente, por motivos políticos, otros por otros motivos, pero todos estábamos fuera de nuestro país. Había otra peculiaridad en los traductores de esos años: también éramos exiliados profesionales. La carrera de traducción casi no existía, y casi todos veníamos de haber intentado ejercer nuestras respectivas profesiones y vivir de ellas (en general como abogados o economistas) y, por diversas circunstancias, no lo habíamos logrado.

Compartíamos entonces esa lejanía física y espiritual, ese doble exilio existencial y profesional.

Los traductores son figuras muy *sui generis* en el sistema de la ONU. Por una parte, se exige de ellos un título universitario, una amplia cultura general, un gran dominio de los idiomas de trabajo. Pero, por otra, deben olvidarse de que reúnen todos esos requisitos, porque «nada más» son traductores.

El traductor es alguien a quien se exigen los conocimientos de un jurista, pero que no ocupa el cargo de jurista; alguien a quien se exigen los conocimientos de un economista, pero que no ocupa un cargo de economista. Su tarea es silenciosa, secreta. Su virtud está en su ausencia. Cuando se pregunta ¿quién ha traducido esto?, es porque se ha detectado un error... La buena traducción es la que no parece traducción. El traductor ha de desaparecer. Su función consiste en reproducir en otro idioma el pensamiento de otra persona. Y, en ello, se aprende a ser muy humilde, uno comprende que está al servicio del pensamiento ajeno... En ese sentido, es una labor muy ingrata. Sobre todo cuando uno tiene sus propios pensamientos.

Ahora bien, imaginen a una persona brillante como Víctor en esa situación, en que debe limitarse, encorsetarse en lo que piensa otra mente que, en la mayoría de los casos, tan brillante no es... Una situación en la que se deben prestar las palabras propias para reflejar fielmente las palabras ajenas. Sí, indudablemente, el traductor ha de ser muy humilde. No podría decir que Víctor lo fuera, sinceramente hablando, pero tenía, como dijo en el homenaje celebrado en el año 2009 la editora Teresa Lloret i Carbó, una «tranquila naturalidad». Muchas veces me había comentado que, a pesar de las dificultades, sentía una profunda alegría de vivir. Y disfrutaba de los placeres de la vida, de la buena mesa, de las conversaciones interesantes, de las personas amables. Como decía, se contentaba con poco. Pero se exigía muchísimo.

EL MAESTRO

La traducción, a diferencia de la interpretación, es un trabajo solitario. Se necesita concentración, atención, reflexión y silencio. Respecto a ello, no podemos decir que Víctor pudiese disfrutar de esa necesaria soledad. Víctor en realidad nunca estaba solo, porque en ese entorno daba amplio curso a su vocación docente.

Pronto se difundió la fama del saber enciclopédico de Víctor, condenado por ello a recibir constantemente las visitas de otros traductores y revisores que lo consultábamos. Cuando no sabía algo, no se daba por vencido hasta que lo encontraba. No se quedaba en la superficie de las cosas. Nunca. En las traducciones solía buscar y cotejar el origen etimológico, el sentido histórico y el uso corriente y especializado de las palabras, tanto en la lengua de origen como en la de destino. Hasta el sánscrito ha tenido un sitio en sus análisis...

Siempre salíamos del despacho de Víctor con la sensación de que habíamos aprendido algo nuevo. Eran tantas las consultas que le hacíamos y era tan generoso en el tiempo que nos dedicaba, que terminaba siempre quedándose mucho después del horario normal para poder hacer, entonces sí en soledad, su propio trabajo. Nunca, que yo recuerde, por más apremiado que estuviese, nos dijo que no nos podía atender.

De esa forma, aunque perdiera el tiempo para sus propias traducciones, beneficiaba la calidad del trabajo de todos los demás. Más de un traductor, con toda razón, había sugerido que se liberara a Víctor de su dosis diaria de «ladrillos» y que se le asignara una función de consultor, de formador de traductores. Pero las grandes burocracias hacen oídos sordos a las ideas sensatas.

Tal vez aun más que erudición, se apreciaba en Víctor una auténtica sabiduría. Pero en el sentido más filosófico: una sabiduría que tenía mucho de la *phronesis* aristotélica, un sentido de lo que era adecuado en el momento oportuno, de un saber que va mucho más allá de la mera información.

En la época en que comenzamos a trabajar juntos, en Viena, comenzaba también una tendencia a especializar el trabajo según la formación de los distintos traductores. Como juristas, nos solían asignar textos jurídicos, de convenciones internacionales, de derecho comercial y de derecho penal. En esas disciplinas se elaboraban tratados o convenciones, o convenios (él los distinguía escrupulosamente), y los delegados de los distintos países se reunían en una especie de torre de Babel para establecer una terminología que resultara aceptable para las instituciones jurídicas de cada sistema, de cada legislación. Normalmente asistía a esas reuniones un revisor, es decir, un traductor que supervisaba el trabajo de los demás. Y Víctor asistía con frecuencia a esos grupos de redacción —así se llamaban—, donde hacía gala de sus conocimientos de derecho comparado, que tan bien se

reflejan en su obra. Gracias a la participación en esos grupos, la invisibilidad de Víctor como traductor-revisor no era tanta, y su presencia enaltecía la imagen que los representantes de los países tenían de nuestra profesión.

EL TUTOR

De la vocación docente de Víctor me he beneficiado particularmente. No hablo como traductora, profesión en la que puedo decirme discípula directa de Víctor, sino como doctoranda. Cuando conocí a Víctor, me acababa de trasladar desde Roma, donde había terminado las etapas previas a la discusión de mi primera tesis. Todos los vientos soplaban en contra de ese trabajo: falta de tiempo, falta de bibliografía, lejanía del tutor.

Pero Víctor se interesó inmediatamente en mi trabajo, a pesar de que no tenía nada en común con el tema del libro que estaba escribiendo, salvo que ambos pertenecían al ámbito jurídico. Y a pesar de que él estaba trabajando en su obra, día a día me aconsejaba libros que resultaron indispensables (muchas veces eran préstamos de su gran biblioteca personal) y me iluminaba con ideas que permitieron un desarrollo bastante peculiar de un tema que parecía inabordable. Me remitía directamente a los griegos, a Platón y Aristóteles, a san Agustín; y todo ello para una tesis sobre la pena de prisión y el tiempo que la cuantifica... Naturalmente, el tutor oficial, de la Universidad de Roma, quedó encantado. Ignoraba que yo tenía un tutor mucho más imaginativo y sabio a unos pasos de mi despacho en Viena. Gracias a Víctor pude terminar esa tesis y presentarla en la Universidad de Roma.

EL TRANSGRESOR

Gracias a mi trabajo de tesis compartí con Víctor una condición común: la de ser transgresores, porque también él tenía una actividad paralela, pues estaba escribiendo su libro sobre la historia de las instituciones catalanas. ¿Por qué digo que éramos transgresores?

Pues lo digo porque si bien no estaba prohibido dedicarse a otra actividad, no remunerada, la traducción en las Naciones Unidas exigía la dedicación más absoluta. Quien se dedicaba a otro trabajo, otra actividad, incluso la más intelectual, aunque repercutiera favorablemente en el trabajo de traducción, lo pagaba caro. La regla era dedicarse única y exclusivamente a traducir. Quien transgredía la regla no se podía permitir ningún error, ninguna distracción. Ningún atraso en la entrega del trabajo. Porque entonces se le hacía ver que no debía tener ninguna otra

ocupación al margen. Y era lógico, porque lo normal era que el tiempo apenas bastara. La productividad, pesadilla de más de un traductor, se medía en páginas del original, como si fueran ladrillos que se debían transportar (palabras-ladrillos transportados de una lengua a otra...). Lo normal era terminar agotados, sin ganas para otra cosa que no fuese descansar, leer una novela o ir al cine, o ni siquiera eso.

También agotaban las misiones, cuando estábamos destacados a conferencias celebradas en distintas partes del mundo. (Hemos viajado a Milán, Bari, Estocolmo, Budapest, Nairobi, La Habana...).

Víctor había comenzado a elaborar su libro muchos años antes, reuniendo material, comprando libros cuando residía en Barcelona y luego cada vez que podía. Pero cuando se puso a escribir ese libro que ya tenía armado en la cabeza, que ya tenía configurado, se convirtió en un auténtico déspota de sí mismo. Decía que si no lo hacía en esas condiciones tiránicas, brutales, no lo terminaría nunca. Era una actividad al margen de las horas de oficina, de las nueve o más horas largas de oficina. Muchas veces debíamos trabajar durante la noche, toda la noche. Y regresábamos a casa cuando la gente salía de la suya para ir a trabajar. Sin embargo, este era el horario preferido, porque permitía dedicarse a «lo otro», o, como nos decían los colegas, «lo tuyo», en las horas del día. Y ese estar haciendo «lo nuestro» era visto por algunos como un placer, un lujo que uno se daba, aunque supusiera noches sin dormir, fines de semana agotadores. «¡Ah, pero es lo tuyo!», decían... Como si eso, lo nuestro, no supusiese igualmente un esfuerzo, una exigencia que también cansaba, que también agotaba. Era la misma mente, el mismo cuerpo, que hacía traducciones y que estudiaba y redactaba un libro. Parecía como si tuviéramos la posibilidad de desdoblarnos, de hacer una de esas cosas sin cansarnos, porque era «lo nuestro». Como si fuese algo milagroso que nos volviera inmateriales.

Y claro, no lo éramos.

Cuando le preguntaban a Víctor cómo había podido hacer el libro, respondía: «a la catalana». Y evocaba así una virtud muy catalana: trabajar dondequiera que se estuviese, obtener los materiales que se necesitase, arreglándose como fuese, pero haciéndolo. Recordaba a Fabra: gran parte de los estudios lingüísticos y gramaticales que iban a derivar en normas los hizo trabajando en Bilbao, porque aquí no tenía trabajo.

Esa situación condicionó la bibliografía que utilizó Víctor: debía comprar muchos libros y luego seleccionar los que le resultaran útiles, y servirse de fuentes publicadas, porque en Viena no tenía acceso a los archivos que necesitaba.

En ese sentido era un transgresor no solo de las exigencias laborales de las Naciones Unidas, sino también de las pautas que marcaban la vida de los estudiosos e investigadores, del profesor universitario que normalmente podía dedicarse a escribir una obra similar. En sus palabras de homenaje a Víctor en el acto cele-

brado en 2009 en este mismo lugar, el profesor Josep Font i Rius decía algo que revela ese aspecto transgresor al que me refiero. Decía el profesor que normalmente los estudiosos de determinada disciplina, en este caso de la historia del derecho, se conocen personalmente, o bien saben quiénes son, dónde trabajan, qué han hecho. En el caso de Víctor, el profesor Font supo por primera vez de su existencia, de la existencia de Víctor, en una librería. (Víctor se hizo presente a través de su libro.) «Para mí —dice Font— era un desconocido.»

No obstante su ausencia de los ambientes académicos, su ausencia del país mismo cuyas instituciones estudia, la obra resulta admirable. Víctor presenta en Barcelona, mucho antes de venir a instalarse en ella, un trabajo de alta categoría, con un manejo de las fuentes y la bibliografía, así como de la presentación de estas, inigualable. Dice el profesor Font: «[...] esas fuentes son difíciles de manejar, de descifrar, de traducir. Pero Víctor las conocía “al dedillo”».

EL TEMA

El libro refleja ese amor por su tierra, Catalunya, de la que se sentía cruelmente exiliado. Víctor sentía que debía ganarse la carta de ciudadanía en esa tierra que tanto amaba. Debía aportar algo. Aunque en ese aporte se jugara su trabajo, único medio de subsistencia, su salud, su vida.

El tema que estudió y desarrolló es muy elocuente. En el libro se transparenta la admiración por las instituciones, las normas y los mecanismos jurídicos que fueron arrebatados a Catalunya por la fuerza, no por el derecho. Y conocer esto es «un poderoso factor de educación ciudadana, elemento imprescindible de una sólida recuperación de nuestra identidad colectiva». «Es impostergable —dice Víctor— ser conscientes de que llegamos de una evolución casi milenaria, de instituciones políticas, administrativas y financieras, de normas y estructuras de ordenación y de disciplina social que no se distanciaron de las de otros países de Europa occidental, e incluso en muchos casos las precedieron o superaron». Habla de la imposibilidad de admitir «que se olvide una experiencia multisecular acumulada por unos hombres que hablaban nuestro mismo idioma y que estuvieron dispuestos a morir por defenderlo y hacérselo llegar».

El libro fue un viaje hacia la raíz misma de la tradición catalana, esa tradición admirable que sirve de base y fundamento a la identidad que Víctor reclama, añora, pide para sí. Pero tiene claro que esa identidad la debe conquistar. Debe pagar su derecho de ingreso, debe presentar un pasaporte que solo él se exige: el libro.

Creo que no se puede entender cómo pudo obtener un resultado tan magnífico si no se conoce ese lado doloroso de su vida que era ese sentimiento de exilio,

de separación de su patria, que le hizo realizar un esfuerzo sobrehumano para «entrar en su tierra». El libro de Víctor, el pasaporte de Víctor para ser catalán, es un acto de militancia. En ese sentido, Víctor es un activista, y lo digo en tiempo presente, porque actúa y sigue actuando a través de su libro.

LA LLEGADA

Barcelona es un puerto, pero para Víctor era el puerto de llegada. Tenía el sentimiento de que no podía llegar con las manos vacías, como un inmigrante en busca de trabajo, ni como un ciudadano que hace valer sus derechos de nacimiento. Víctor sentía que debía demostrar, no solo con el libro de familia, que era catalán.

Su regreso suponía construir la relación con su tierra. Llegar a Barcelona no era aterrizar o desembarcar, ni siquiera establecerse, tampoco tener una casa. Suponía mucho, pero mucho más. Quería llegar como si toda su vida la hubiese pasado aquí. Como si para Víctor fueran realidad las palabras que Borges decía respecto a su relación con Buenos Aires: «Los años que he vivido en Europa son ilusorios, yo siempre he estado y estaré en Buenos Aires...». Lo mismo puede aplicarse a Víctor respecto a Barcelona. Mientras escribía el libro, Víctor no estaba en Viena, estaba en Barcelona. Su vida cotidiana en Viena era la vida ilusoria de la que habla Borges. Su vida real era la deseada, la programada.

Por otra parte, Víctor no tenía ya familia en Barcelona. Y deseaba profundamente establecer su propio hogar aquí. Y el hogar suponía una mujer que lo esperara.

Durante años, los colegas de las Naciones Unidas compartimos los sueños de Víctor de esa mujer ideal, soñamos con él esa compañera que debía reunir muchas cualidades, entre las cuales una era *sine qua non*: ser catalana. Y era la cualidad más difícil, porque no vivía aquí. Los breves viajes que hacía no eran suficientes para encontrar a su mujer soñada.

Como todos sabemos, la historia de Víctor es una historia con un final feliz: no solo publicó el libro (en 1987 y luego en una segunda impresión, en 1993), sino que este fue premiado por el Institut d'Estudis Catalans al año de su primera publicación. El libro le sirvió realmente como pasaporte para entrar en el ambiente académico y universitario en el que deseaba trabajar, y donde correspondía que estuviese. A partir de 1992 fue profesor de historia del derecho y de las instituciones en la Universidad Pompeu Fabra, dictó diversos cursos, pronunció conferencias, recibió consultas de muchos estudiantes y profesores, publicó muchísimos artículos en revistas especializadas. En pocas palabras, hizo todo lo que un ilustre académico, que se hubiese pasado la vida en la universidad, habría hecho, y tal vez más.

También encontró a la mujer soñada y pudo establecer una familia. Así como el libro no es un libro ordinario, sino excelente, y tal vez el mejor sobre el tema, Rosa María puede tener la seguridad de que si Víctor no hubiese visto en ella esa mujer extraordinaria con la que había soñado toda su vida anterior, nunca se hubiera casado.

Víctor estaba muy seguro de sus exigencias y no renunciaba a ellas, ni las disminuía un ápice para verlas cumplidas: o escribía el mejor libro en su género, o no escribía libro alguno; o encontraba a la mujer de su vida, o se quedaba soltero.

¿Cuánto ha podido disfrutar de la existencia que le correspondía, que se había tenido que ganar con tanto sacrificio? Una decena de años, un poco más. Pero la ha disfrutado intensamente. Porque esos años fueron años de victoria.

No solo su gran capacidad, sino su esfuerzo y su confianza en sí mismo le permitieron ganar al tiempo esa lucha incesante contra su discurrir. Su tiempo de vida se extiende mucho más allá del día de su muerte, como lo demuestra esta presentación, como lo demostramos todos los que hoy, al presentar la nueva edición de su libro, homenajeamos al hombre, al ciudadano, al colega, al amigo, que nos deja, no solo en el libro, sino en la historia que hay detrás del libro, una auténtica lección de vida.

Ana Mesutti
Abogada y funcionaria de la ONU